

Hijos de Sirio

Rafael Rubio Sanz

*A Maricarmen, Belén, Marta
y María José.*

A María Eugenia Lapeira
y a Jesús Muñoz González,
sin ellos todo hubiese sido
más difícil.

Introducción

En 1327 la ciudad de Soria vivía a escala local las desastrosas circunstancias de un reino, cuyo monarca, Alfonso XI, se había quedado huérfano con apenas un año de edad sin que su padre, Fernando IV, le hubiese asignado tutor, lo que desencadenó entre los miembros de la familia real una encarnizada lucha para ejercer tal derecho.

Durante su minoría se sucedieron dos periodos tutoriales. El primero entre 1313 y 1319, fue ejercido por los infantes don Pedro, hermano de su padre, y don Juan, su tío abuelo. Sus desavenencias estuvieron a punto de provocar la escisión del reino, evitándose gracias a la acción arbitral de doña María de Molina, reina de Castilla por tres veces, como esposa, como madre y ahora como abuela del monarca.

En las ciudades los hombres libres tomaron conciencia de su fuerza política y en las Cortes de Burgos de 1315 resucitaron la ideología de las Hermandades de Castilla, basada en el respeto a los fueros, la lealtad al rey y la decisión de controlar el poder de los tutores, enunciando así los principios de una revolución burguesa que acontecimientos históricos futuros abortaron, convirtiéndose en lo que durante tanto tiempo se ha considerado nuestra “asignatura pendiente”.

Soria envió a las Cortes siete procuradores, seis por el estamento hidalgo y uno por el pechero, demostrando la importancia de la ciudad, la preeminencia en su concejo del estamento caballeresco y la del cabeza de la delegación, don Rodrigo Morales, un leal partidario de los ideales que proclamaban las Hermandades.

En 1319 murieron los dos tutores en la jornada de la Vega de Granada. Castilla perdió una batalla, pero España y el mundo ganaron el Generalife, el monumento con el que Ismail I conmemoró su victoria.

La segunda tutoría la ejercieron otros tres tíos del monarca. El cronista ha resumido en los siguientes versos el juicio que le mereció tal periodo:

*Ese tiempo los señores
corrían toda Castilla
Los mezquinos labradores
pasavan muy gran mancilla
Muchos algos les tomavan
o por mal o por codicia
e las tierras se hermaban
por la mengua de justicia.*

Afortunadamente murió uno de ellos, y el segundo, llamado don Juan el Tuerto, hijo del anterior don Juan, fue ejecutado por ambicioso y traidor. El tercero fue el célebre e intrigante infante don Juan Manuel, más conocido en la actualidad por ser el autor del *Conde Lucanor*. De momento se le conformó, casando a su hija doña Constanza con el monarca, aunque bien es verdad que debido a la poca edad de los contrayentes, no se les dejó tener ayuntamiento carnal, separándoles inmediatamente.

Y en esta situación, en 1325, Alfonso XI, con apenas trece años, alcanzó la mayoría de edad y entregó el reino a Alvar Núñez de Osorio, la boca más voraz de Castilla, cuya carrera ascendente sólo podía ser eclipsada por la del poderoso suegro del joven rey, por lo que empezó a preparar en secreto la anulación del matrimonio del rey con Constanza y su futura boda con la hija del rey de Portugal.

A este hombre, Núñez de Osorio, juró vasallaje don Vela, cabeza del linaje de tal nombre y juez de Soria, a cambio de apoyo y oídos sordos a sus desmanes, de modo que ahora es fácil entender la situa-

ción que se vivía en la ciudad donde se enfrentaban los Morales y los Vela bajo la mirada vigilante de don Juan Manuel, que celoso del poder de Núñez de Osorio, contaba los días que faltaban para que su hija pudiera hacer efectivos sus derechos en el lecho real.

En la otra villa de realengo de Soria, Ágreda, su concejo no envió delegación a las Cortes de Burgos. Dicen que porque don Martín Castejón, juez de la ciudad, prefirió dirigir su acción política hacia su vecina, la aragonesa villa de Tarazona, con la que pactó la seguridad de sus lindes. En realidad, dicen otros, porque el estamento hidalgo no logró, como en Soria, imponerse al pechero, representado por don Jerónimo Caballero, y pactar una política común.

HIJOS DE SIRIO

PRIMERA PARTE

El fuego de San Antonio

Capítulo Primero

*Podéis jurar que es bien guardado de mal aquel
al que la Virgen toma como entregado a su amparo.*

ALFONSO X, Cantiga 135

1

Sería entre nona y vísperas de un día a principios del verano de 1327, y aunque sobre la rasa del poniente se insinuaba la atardecida, todavía el sol de la alta meseta castellana batía con fuego el secarral, levantando olores a la rastrojera caliente.

Una vieja cheposa de años y osteoporosis, pero suelta de piernas y greña, salta entre los surcos con una agilidad inesperada a juzgar por su edad y por el voluminoso ható que trasporta a sus espaldas. Rastrea los centenos buscando no sé qué miserias, mientras murmura en un idioma extraño y gutural una monótona salmodia, mezcla de oración o sortilegio, con la que pretende estimular la fertilidad de la tierra. Como perro de presa se detiene frente a una huella. Recoge una muestra de tierra, la desmenuza entre sus palmas, la olisquea y finalmente, convencida de haber encontrado lo que busca, alza al cielo sus ojos de un intenso y juvenil azul y abre su mano mostrándole su contenido. Tras unos segundos de concentración, ahora en un castellano comprensible, invoca a una potencia divina, reclamando su protección contra el Gran Negro que maldice la promesa de la cosecha. Saca del ható un envoltorio del que obtiene una arenisca blanca con la que espolvorea el lugar, y dirigiéndose de nuevo al cielo, exclama:
—¡Hasta cuándo, Madre, hasta cuándo tengo que esperar!

Finalmente la bruja blanca continúa su marcha, recorriendo las parcas tierras de este rincón de la extremadura soriana, donde junto a cardos y amapolas ha crecido un ralo cereal parasitado por el cornezuelo del centeno.

—Ya es hora, Madre —vuelve a repetirse con acento de desencanto, reconociendo fracasada su misión de depurar los campos infectados con el estiércol del macho cabrío—. Ya es hora de que envíes a tu Caballero Blanco para que baje a los infiernos a liberar a Afrodita del poder del Rey Negro, y que consumen su amor sobre el surco sagrado para que se depure la tierra.

A poca distancia, en el cambio de rasante, donde el horizonte se traga el camino real, se insinúan las siluetas de dos viajeros que cabalgan sobre cansinos borricos. Aunque la luz difumina los perfiles y homogeniza los colores en tono pastel, se puede acertar que son gente de iglesia porque van cantando un *magnificat*, una oración de vísperas.

Efectivamente, se trata de dos monjes. Uno de ellos, el más viejo, de silueta alargada, delgada y barbuda, viste el hábito blanco del Cister. El del otro es pardo con capucha y escapulario negros, propio de un novicio, aunque parece excesivamente joven para tratarse de un laico que ya ha hecho los tres votos. Tiene extremidades largas y nervudas, que sobresalen de los límites de un ropaje que hace tiempo que se quedó corto, espalda erguida y mirada escasa de humildad y rica en destellos soñadores, aspecto que más parece corresponderse con el de un joven burgués, más proclive a armas que a Libros de Horas.

Ciertamente, Alonso Caballero es uno de esos estudiantes confiados al monasterio para su formación que al llegar a la edad adulta deberá optar entre hacer los votos o abandonar la comunidad, en disposición de ocupar un lugar en esta sociedad medieval cuya incipiente administración empieza a demandar oficios. Una decisión a la que le está invitando a reflexionar fray Dominico, su albo y ascético compañero, ensalzando las virtudes del monacato, en realidad más por obediencia que por convencimiento, pues sabe que son más frecuentes los verdugones disciplinarios en su sufrida espalda que los místicos callos en sus poco ascéticas rodillas. ¡Qué se le va a hacer! El chico sale al padre.

Tal comentario no desmerece respeto por don Jerónimo Caballero, el padre de Alonso, distinguido representante del estamento pechero

en el concejo de Ágreda, veterano de la caballería castellana y alférez de la hueste de su ciudad, lo primero según reconoce el fuero a hidalgos y pecheros con medios económicos para mantener caballo y equipo de guerra, lo segundo por méritos propios.

¡Qué se puede esperar de esos brazos tan bien desarrollados! Cuántas horas habrá dedicado su padre a entrenarle, antes de confiarle al monasterio. Y lo que es peor, cuántas veces se le ha sorprendido practicando la lucha, o en peleas no tan escondidas. Tampoco fray Domingo ha observado en él ningún entusiasmo ante los encendidos elogios que le dedica el *custos monachorum*, monje encargado de la educación de los estudiantes, ni con los de fray Tirso, *magister* en artes médicas, título que le faculta para formar a Alonso en esta ciencia, como pretendía su difunta madre.

—¡Que santa mujer, doña María! —alabanza que hace fray Domingo olvidando el origen morisco de la señora—. ¡Cuántos pastores y serranos de la tierra de Ágreda lamentan la muerte de esta discípula del noble físico don Avenzoar! ¿Oyes, Alonso? Es inútil, no sirve para nada recordarte la vocación que tenía tu difunta madre.

—Mi madre no era médica, sólo dedicaba a los pobres los conocimientos que adquirió con don Avenzoar en Ágreda, hasta que al casarse con mi padre la comunidad morisca la extrañó y no pudo terminar su formación.

—Quizás por eso quería que estudiases medicina.

El griterío estridente de unas grajillas espantadas interrumpió su conversación e hicieron un alto al borde del camino, ante unos centenos recién segados.

—En realidad, Alonso —comenta el fraile cambiando el tema—, a la vista de estos campos bien se explica el poco éxito que hemos tenido pidiendo limosna.

—Cierto, fray Domingo, poco ayuda hemos conseguido, bien es verdad que a ello ha contribuido su paternidad, dando con una mano lo que obteníamos con la otra.

El fraile haciendo oído omiso a tal comentario, descabalga, recoge una espiga, la desgrana entre sus manos y finalmente clama:

—¡Dios proteja a los hombres que pretendan vivir de estos campos!

—Apenas hay grano, sólo esa especie de cuernecillo violáceo oscuro que sobresale de la cascarilla —contesta el muchacho.

Los dos saben que se obtendrá muy poca harina del centeno atacado por el cornezuelo, que deberá venderse a bajo precio como alimento de bestias y pobres, aunque ignoran —como todos en su época— la relación entre éste y lo que se conocía entonces como el mal de San Antonio, el ergotismo, enfermedad vasoconstrictora que afecta fundamentalmente a las piernas, que terminan gangrenadas.

De forma súbita, otros acontecimientos llaman su atención. En el lado opuesto del sembrado, junto a la mojonera que marca la linde con el terreno vecino, ven a la vieja maga, hacia la que corre un campesino, imprecándola con gritos y amenazas.

—¡Eh, abuela! ¡Tía Giba! ¡Sal de ahí!

Quizás ella tenía el oído duro, aunque el hombre no se detuvo a sopesar esta posibilidad de lo que consideraba terquedad de la anciana, que ajena a sus gritos persistía herbajeando entre los terrones, por lo que procedió a castigar tal actitud con una pedrada que impactó en su deformada espalda.

Aguantó el castigo sin derrumbarse y sin protestar. Sólo un leve quejido, el chirrido de una puerta girando sobre su gozne, a la vez que levantaba el brazo para salvaguardarse de un nuevo cantazo de su agresor, que ya está soltándose el cinturón con la intención de servirse de él como honda.

El cisterciense fracasó en el intento de detener a Alonso que, tras recogerse el hábito, se adentró en el secarral saltando por la rastrojera, sin reparar en el castigo de los cardos en sus pies, apenas protegidos por las tiras de cuero de las sandalias, y se dirigió hacia el cazurro, dispuesto a intervenir en favor de la agredida.

—¡Dios! ¡Que de este chico se pretenda hacer un fraile! —exclama fray Domingo.

—Párate chaval. Párate que te descalabro —grita amenazador el campesino, aclarando a continuación: —¿No ves que esta bruja esta echando el mal de ojo a mis campos?

—¡Paz. Todo se puede arreglar en paz! —chilla el fraile al cielo pidiendo la intervención divina.

El valor del chico no está para aceptar amenazas, consejos o explicaciones absurdas, y sigue cargando contra el enemigo, hasta que, ¡naturalmente!, le detiene el impacto de la pedrada prometida sobre su frente, haciéndole caer rodando ante el parapeto de espinos tras el que se resguarda su agresor.

El castigo no es suficiente, e inmediatamente se levanta. Ignorando la sangre que mana de su frente, se sobrepone al estupor y se arma con un pesado pedrusco con el que pretende contestar al rival, el cual, más raudo todavía, deja el campo libre, pasando a ser ahora el impulsivo saltador de surcos y cardos, alejándose de un expectante Alonso, que vigila la retirada, piedra en mano, dispuesto a continuar la pelea a distancia.

—¡Tira esa piedra! —oye cómo le recrimina su superior—. Las manos de un fraile no se han hecho para ejercer violencia... Pero veamos tu herida. ¡Qué barbaridad! ¡Te vas a desangrar!

—Déjeme padre. Atendamos primero a la anciana. Seguro que sus huesos tienen más castigo que mi frente.

Desentendiéndose de fray Dominico se acerca hasta la agredida, ofreciéndole su ayuda, y a pesar de que ésta afirma que se encuentra bien, todavía insiste caballeroso:

—Venga abuela. No está usted en condiciones de andar. La llevaré en mi borrica.

—Espera muchacho —contesta ella—. Primero hay que curar tu herida.

Toma del saco un manojo de hierbas y se lo coloca sobre la zona lesionada.

—Esto te calmará el dolor y la hemorragia.

—Es verdad —exclama Alonso al poco rato, extrañado de tal efecto—. ¿Acaso es verdad que eres una bruja?

—No, hijo. Solo soy una vieja campesina que conoce las virtudes de las hierbas.

—No existen las brujas —corrige el monje—, son sólo supersti-

ciones. De todas las maneras, poco mal de ojo se puede echar sobre esta cosecha —afirma, dejando traslucir su debate entre la aseveración intelectual y la sospecha que le sugiere su instinto.

La mujer, sumisa a la exigencia de Alonso, se subió al borriquillo, y al poco de reiniciar la marcha se quedó adormilada, quizás por efecto de los años, el dolor de sus huesos encorvados y la magulladura de la pedrada.

Caminan en silencio, precedidos por fray Domingo, que lo hace un poco más adelantado, quizás temiéndose que se habían excedido con la virtud de la caridad, porque no cesaba de repetir:

—Estamos llegando. No entretengas más a la anciana, que a lo mejor debe tomar otro camino para irse a su casa.

Alonso que parece no entender al religioso contesta con evasivas, hasta que finalmente, con acento enérgico, inconcebible en el mundo monástico, responde:

—Adelántese al monasterio, que no es conveniente que un religioso ande a estas horas fuera de su lugar.

Y concluye decididamente:

—Yo llevaré a la madre hasta su casa.

Cayendo en la tentación el fraile, al poco empezó a marchar más rápido, alejándose hasta casi perderse en el horizonte. Momento en el que la tía Giba recuperó súbitamente sus energías y descabalgó ágilmente.

—No sabes lo que te agradece esta vieja tu defensa y tus cuidados. Hace mucho tiempo que nadie me atendía de esta manera, y menos gente del Cister... Eres estudiante, ¿verdad? Tienes demasiado arrojo para ser un aspirante a fraile y demasiada fuerza como para consumirla en oficio de converso —dice la vieja que ahora toma sus manos, echa un vistazo a las líneas de sus palmas y afirma:

—No vestirás estos hábitos por mucho tiempo.

Ajena a la incredulidad del muchacho, la vieja sigue diciéndole:

—¡Hum! ¿Qué veo en tu mano izquierda? ¿Qué cantidad de acontecimientos! Domina la línea del corazón, lo que significa que es el amor el que guía tu destino. Él te ha traído al convento, ¿verdad?

¿Acaso el amor de una madre deseosa de que su hijo tenga un oficio distinto al de las armas? No hace falta que me contestes, pero ya te anuncio que también el amor te sacará de ahí, para hacerte un fuerte guerrero. Lo dice la estrella que corona el prominente monte de Ares, en cuya base termina una de las ramas en las que se trifurca la línea del corazón.

Y sigue con su adivinación:

—Una segunda rama se dirige al monte de Apolo, donde también se lee un signo, su flecha. ¿Te vas a dedicar al arte de la adivinación? ¿O es que el divino arquero te ha hecho inmune a las pestes, las saetas con las que hiere de muerte a los hombres?

Sigue con su adivinación y lee un tercer signo.

—El de Ulises— exclama—, una estrella sobre la línea del viajero, que en tu caso también se une con la del corazón. Ares viajando por mandato de Venus. ¡No podía ser menos!

La adivina deja su mano para mirarle fijamente a los ojos, y concluye:

—Llevas en la mano el destino del caballero andante que por amor a su dama debe hacer fortuna y nombre recorriendo los caminos de la tierra.

El muchacho calla, porque la vieja ha adivinado el deseo de su madre, el motivo de su presencia en el convento, y sobre todo ha acertado con Isabel, la hija del hidalgo Martín Castejón, cabeza de este linaje de Ágreda, con la que se juró amor eterno cuando todavía los Castejón y los Caballero se tenían por amigos. Y calla porque su silencio es cómplice de los augures de la sabia.

La tía Giba toma ahora la mano derecha del chico. La que confirma los pronósticos, y al poco constata que se repiten los mismos signos que ha leído en la izquierda. Hace una pausa y después vuelve con su oráculo, aunque sin el tono maternal de antes; ahora su discurso se torna serio y profundo.

—Veo en tus manos que la línea del amor se relaciona con tres signos, el escudo de Ares que te llevara a la guerra, las sandalias de Ulises, el viajero que llegó hasta el reino de las sombras, y la flecha de Apolo que te protegerá de las epidemias.

—¿Qué me anuncia, madre?

—Los trabajos de Teseo. Un viaje hasta los infiernos para liberar a la hermosa hija de la madre tierra, raptada por un poderoso mago que la quiere hacer suya para perpetuar en ella su estirpe maldita. Pero no te estremezcas, hijo, la abuela estará contigo.

Toma un medallón que lleva escondido en su hato y se lo cuelga a Alonso.

—¿Qué me da, madre?

—Un talismán. Está hecho con tres piedras preciosas dotadas cada cual de una poderosa virtud, pero recuerda esto, tendrás que saber administrar cada poder, pues sólo se pueden obtener una vez, después cada piedra perderá su aspecto y se transformará en un vulgar canto.

Alonso, como todo el mundo en el medioevo, cree en magos, brujas, ensalmos y objetos dotados de poderes extraordinarios. Toma el talismán y pregunta respetuosamente:

—¿Quién eres tú? ¿Acaso eres el ciego Tiresias, el viejo tebano que anunció a Edipo su desgracia, o acaso tras tus arrugas se esconde la hermosa Urganda, la dama que entregó a Amadís de Gaula la lanza y le incitó a iniciar su azarosa vida?

No obtuvo respuesta de la maga, pues fray Dominico, quizás arrepentido de su decisión, había empezado a aflojar el paso y ya estaba muy cerca de ellos.

2

Pararon la tropa de mulas al abrigo del bosquecillo de enebros, desde donde desciende el camino hasta las puertas de Calatañazor, la villa amurallada por el infante don Pedro, difunto regente del monarca Alfonso XI, para vigilar la ruta de Osma, tan castigada por las cabalgadas aragonesas. Y también las más pacíficas veredas y cordeles de la vecina sierra de Cabrejas, donde se entrecruzan la cañada occidental soriana y la Galiana. La primera atraviesa el Duero en San Esteban de Gormaz

para dirigirse vía Ayllón a los pastizales extremeños, y la segunda tomará, vía Madrid, los Montes de Toledo, hasta el valle del Bullaque, como comenta el arriero a don Julián Salvador, el viajero que ha ajustado sus servicios para trasladarse desde Burgo de Osma a Soria.

—Cierto —contesta este personaje, más conocido como don Julianillo—, esto explica la presencia de ganados que eligen cualquiera de las dos rutas para hacer la trashumancia. Pero he visto ganaderías que habitualmente recorren la cañada soriana oriental y cruzan el Duero por Almazán para invernar en el valle de Alcuña, por lo que no me explico qué hacen aquí, tan lejos de su ruta habitual.

—Yo también los he visto —termina por responder el arriero, dando así por zanjada la cuestión con una persona a la que, a juzgar por su aspecto, poca experiencia pastoril se le puede suponer.

Efectivamente, el nombre de don Julianillo le cuadra bien a este enjuto, atildado y barbilampiño señor de eterna juventud y modales afeminados, este antihéroe que cabalga sobre un asno, protegiéndose del sol con un ancho sombrero de paja y de hipotéticos atacantes con un cuchillito florentino. A pocos agresores puede disuadir este paniaguado del poderoso linaje de los Morales de Soria, aunque a decir verdad, no le falta valor, pues no duda en pregonar a los cuatro vientos su adscripción en unos tiempos en que tal afirmación puede resultar peligrosa, sobre todo en presencia de gente del linaje del juez don Vela, sus mortales enemigos.

Poco tiempo estuvieron parados los dos viajeros en este ventajoso balcón de Calatañazor, el suficiente para echar un trago, masticar un trozo de cecina, rezar el ángelus al dictado del campanario de la ermita románica de san Juan, y esperar a un joven caballero que también se había ajustado con el arriero.

Llegó montando una hermosa yegua negra, llevando a la rienda un fuerte caballo que transportaba su arnés de guerra. Poco después el grupo se puso en marcha, y como no era menos de esperar en don Julianillo, en animada charla.

Al poco el personaje ya conocía los pormenores del nuevo compañero de viaje, don Dionís, un caballero que había concurrido a los

juegos de armas convocados en Calatañazor para celebrar que Alfonso XI acababa de reconocer el fuero de la villa. No había hecho mal papel, lanceó un hermoso toro que previamente había derribado a otros dos caballeros y después participó en juegos de cañas y anillas, dejando constancia de su donosura, valor y buen hacer con las armas, como lo atestigua el lazo de seda granadina que las bellas habían anudado a su brazo, en reconocimiento a su empeño.

A lo largo del camino don Julianillo fue desgranando más detalles de su historia, y supo que era un hijodalgo, séptimo vástago de una vieja familia soriana, cuyo padre, don Bernardo Ruy Pérez, se había ausentado de la ciudad en tiempos de la segunda tutoría, tras haber conseguido por méritos de guerra el señorío del Valle de Ibeas. El venía a Soria a hacerse cargo de las viejas posesiones familiares, reclamar la ciudadanía que le correspondía por derecho de descendencia y, finalmente, contactar con el viejo linaje de los Morales, al que perteneció su padre.

—Lleváis con vos una buena carta de recomendación —comenta don Julianillo, señalando la montura y el arnés de guerra de don Dionís—. ¿Acaso sois un caballero andante que busca señor al que servir y guerra en la que lidiar?

—Y dama a la que amar —contesta éste con el mismo acento de sorna, preguntando a continuación: —¿Conocéis a la hija del señor Morales?

—Que yo sepa no tiene hijas, pero sí una ahijada, doña Isabel de Castejón, de los Castejón de Ágreda.

—¿Castejón de Ágreda?, sí, los conozco —afirma don Dionís—. Creo que el cabeza de familia, don Martín Castejón, parecía perfilarse como el hombre más fuerte de su ciudad, pero ni él ni ningún otro hidalgo lograron imponerse al estamento pechero, ni superar el predicamento de su representante, don Jerónimo Caballero, hasta que se alió con los Morales de Soria.

Don Julianillo observa de reojo a su compañero de viaje, joven, altura media, buen talle, espaldas anchas, pechos altos, anca subida, y brazos y piernas sueltos y bien duros; atributos a los que se

añade, cabeza noble, cabellera rubia y ojos azules, delatando su sangre gótica.

«Vaya regalito te andan buscando, Isabelita», se dice el personaje, que por cierto, se considera amigo, confidente y hasta consejero de Isabel de Castejón.

—Son infundios —contesta don Julián—, historias sin fundamento que intentan enturbiar las relaciones entre los Castejón y los Morales. Los dos linajes se necesitan, e incluso es bueno que se refuercen buscando nuevas alianzas, ¿verdad don Dionís?

—Si os referís a mi familia, nosotros no somos políticos, somos guerreros.

Y así es como se enteró del currículo de los Ruy Pérez y de cómo su padre, don Bernardo, ganó su señorío del Valle de Ibeas. Supo que siendo don Dionís todavía un muchacho participó con su padre en la famosa Jornada de las Ollas, donde guipuzcoanos y hombres de las merindades leales al rey, frenaron a los navarros, que aprovechándose del enfrentamiento que mantenían entre sí los tutores, invadieron el norte del reino. En esa ocasión las tropas castellanas que se defendían en las alturas de las sierras, llenaron de piedras las ollas que utilizaban para cocinar, y bien atadas entre sí, las lanzaron ladera abajo, provocando tan gran estruendo que espantaron a las caballerías de las tropas enemigas, que huyeron desordenando sus líneas, haciéndolas presa fácil de los soldados castellanos.

—A lo que veo —dice Julianillo—, don Rodrigo Morales se refuerza aliándose con señores rurales acostumbrados a la guerra. Habrá que ver ahora como responde don Vela.

Al caer la tarde decidieron descansar en el apartadero de Valonsadero y recuperar fuerzas antes del asalto final a la ciudad, apenas a dos horas de distancia. Allí se toparon con unos pastores trashumanes que estaban clavando las estacas para echar el hato y formar el corral nocturno para su rebaño, un ganado que debajo de las guedejas teñidas de almagre llevaba hierros de la zona de Yangüas, demasiado para la curiosidad del personajillo, que inmediatamente se acercó al rabadán para saciarla.

—¿Qué le pasa este año al valle de Alcudia? ¿Es que nadie quiere ir ahí?

A lo que le contestó que ahora la ruta de Almazán no resultaba segura, y era preferible dar un rodeo para evitarla.

—No faltan señores rurales que a despecho de las leyes han fortificado sus casas, justificándose en la necesidad de protegerse —vuelve a inquirir don Julianillo, conocedor de las denuncias que los procuradores venían haciendo de estos refugios de bandidos y de la incapacidad para evitarlos por parte de las mal preparadas milicias concejiles.

—Cuando no se han hecho con la complicidad de los propios concejos —interviene don Dionís—, pues con tal práctica se justifica la creación de tropa o rondas armadas, que a cambio de tasas protegen en sus términos municipales a viajeros y ganados.

—Tal hizo en su momento el de Almazán, aprovechándose de que el señor de la villa era el poderoso tutor don Pedro —contesta el rabadán.

Hace una pausa para continuar después:

—Aunque no nos desviamos de la ruta por miedo a los bandidos, sino a que en esta cañada, en las proximidades del Duero, ha aparecido una serpiente enorme que tiene aterrorizada a toda la comarca. Yo no la he visto, ¡Dios me libre!, pero según dicen, es gorda como un roble, larga como el brazo del diablo y tiene el cuerpo revestido de escamas tan gruesas que le defienden como la mejor armadura. Sin olvidar su lengua, una verdadera lanza emponzoñada con el veneno más mortal de todos los que se conocen. Y no le falta inteligencia, pues la bestia sabe evitar a la gente armada y sólo ataca a pastores o viajeros desvalidos, a los que devora después en su cubil, en las entrañas de la tierra.

—En definitiva —termina diciendo—, es un monstruo que va a arruinar la comarca, porque comerciantes y viajeros evitan la ruta y hacen como nosotros, desviarse.

—¿Y qué va a hacer el concejo de Almazán?

—Dicen que están considerando ofrecer una jugosa recompensa para el hombre capaz de matarla.

—Vive Dios que me gustaría hacer ese presente a mi dama —contesta don Dionís.

Poco después reanudaron la última etapa de su viaje. Apenas quedaban dos horas de dehesas y robledales, con el lomo de Picos Frenes paralelo al camino y la sierra de Santana al fondo tapando al viejo Moncayo, la atalaya que bebe el viento de tres reinos, Aragón, Navarra y Castilla.

Cuando casi avistaban la ciudad alcanzaron al grupo de Alonso. Y como no eran habituales tales compañeros de viaje, un fraile, una vieja cabalgando sobre un borrico y un estudiante llevándola el ronزال, el hecho atrajo la curiosidad de don Julián, que no cejó hasta enterrarse de la historia.

—Así que te enfrentaste con el gañán que había apedreado a la anciana —insiste el personajillo inquiriendo en los recientes acontecimientos protagonizados por Alonso. Y a despecho de la opinión del noble fraile, que se empeña en recomendar discreción al estudiante, obtuvo plena satisfacción a sus preguntas.

No permaneció ajeno don Dionís a la conversación, y cuando Alonso terminó su relato intervino, para disgusto del fraile, alabando su intervención.

—Un acto noble propio de un hombre noble. —E inmediatamente se interesó por su nombre.

Alonso satisfizo su demanda presentándose como Alonso Caballero, hijo de don Jerónimo Caballero de Ágreda y estudiante en Santa María.

—Hace un rato veníamos hablando del que fue ilustre portador del pendón de la milicia de Ágreda —responde don Dionís—. Teneís su sangre, joven Alonso, bien se ve.

Y a continuación apoyando su mano en su hombro, le dice:

—No importa que tus maestros no entiendan lo ocurrido. Ya has dejado de ser un niño —pronostica—, y deberás saber tomar decisiones asumiendo las consecuencias.

Al llegar a la linde de la ciudad el grupo se separó y el arriero y los dos caballeros se adentraron en ella, dejando tras de sí una pequeña

estela de polvo y la postrera imagen del caballo y el arnés de guerra de don Dionís.

A fray Dominico le volvieron las prisas e intentaba mantener distancias con un rebelde Alonso, que seguía haciendo caso omiso a su recomendación de dejar marchar a la anciana, hasta que ella decidió descabalar del pollino y tras agradecer al muchacho su ayuda se separó de ellos, sin satisfacer la curiosidad del estudiante que todavía esperaba aclarar más aspectos de su profecía.

—¡Qué casualidad! —iba pensando don Julianillo, que desde que conoció la identidad de Alonso, caminaba en silencio, sin perder detalle, meditando—. ¿Qué opinará de este encuentro Isabel de Castejón?

Conocía bien a la hija de don Martín Castejón, el hidalgo de Ágreda, conocía su biografía, incluyendo su amistad con Alonso durante la niñez, y el amor que les unió. «Nos juramos el uno para la otra ante el altar de la Virgen» —le ha dicho infinidad de veces. Incluida la amistad que se profesaban las dos familias, los Castejón y los Caballero, hasta que, ¡Dios sabe por qué!, quedó rota. Aunque don Julianillo, como hombre venido a menos, sabe que no es fácil tal fe entre líderes de sectores distintos cuando uno de ellos aspira a la preeminencia en su ciudad.

3

La tía Giba, que ya se ha adentrado en la ciudad, detiene su paso para contemplar como la noche obliga al sol a acurrucarse en su lecho de oro. El aire trae olores a humedad, sulfhídrico y putrefacción, desprendidos de las aguas que serpentean por los declives de la calzada arrastrando hortalizas y otros residuos, para disputa de la famélica fauna doméstica del arrabal.

—Va a cambiar la luna —se dice volviendo a iniciar su paso renqueante.

Deja atrás la concatedral de San Pedro, el barrio del Tovasol y la iglesia de San Nicolás, el santo obispo que resucitó a dos niños coci-

dos, cuya carne iba a ser vendida en el mercado. Asciende la cuesta en dirección hacia la Plaza Mayor y llega a la del Pozo Alvar donde se erige la iglesia de Nuestra Señora de las Cinco Villas, sede del linaje de los Morales, la casa de ellos y junto a ella la de los Castejón.

—¡Ya ha salido la luna! —exclama, mirando las ventanas del primer piso, donde adivina la silueta de una mujer joven mirando la noche, quizás soñando.

Eleva su mirada al cielo y de nuevo entona su vieja salmodia salu-
tífera, un cántico conmemorando la victoria del Caballero Blanco sobre el Gran Rey Negro, la liberación de la bella, y el abrazo amoroso responsable de la bendición de la tierra.

La tía Giba, que es la más vieja del lugar y sabe más que nadie de leyendas y tradiciones orales, escudriña la luna y mantiene un pequeño diálogo con el astro. Después reemprende su paso cansino y dolorido, murmurando para sus adentros:

—Sí, ya ha llegado la hora.

—Es excesiva esta tarea para mis cansinos huesos, y los campos están demasiado enfermos —se confiesa la anciana, sintiéndose incapaz de seguir ejerciendo su función purificadora sobre esta tierra tan castigada por los estragos del fuego de San Antonio.

—La Madre ya lo ha dispuesto todo —añade más aliviada.

Finalmente dirige sus pasos hacia las afueras de la ciudad, hacia un lugar que llaman Casa de las Abejas por ser albergue de madres solteras y antiguas descarriadas, y llama a la puerta que da amparo a la vergüenza y la orfandad.

Graciana, una mujer de edad media, pelo hirsuto, carne suelta y nalga descarada, abre la puerta y flanquea el paso a la vieja, que entra sin saludar a la portera, más cargada de años que nunca. La chimenea ofrece ascuas y amparo y se acoge a su calor, derrumbándose sobre una silla de enea. Alza su ropa a media pierna y suspira sintiendo como el fuego le atraviesa la piel, reanimándola hueso a hueso.

Huele a retama, a sopas cocidas y a humo añejo.

Suspira y en silencio saluda con la mirada cada rincón de la cocina. El regato que conduce el agua hasta las pilastras, la encimera de

piedra sobre la que tantas veces ha visto preparar los alimentos, las paredes de donde cuelgan asadores, utensilios y perolas. Ese gran fogón que ocupa el centro de la sala, y su campana que aspira humos y esconde una noche sin estrellas.

Graciana, que la nota cómo respira evocación, se pregunta, ¿cuánto habrá en esta mujer de verdad y cuánto de leyenda? Pues desde que puede hacer memoria la recuerda vieja, sentada en este rincón y testigo del paso de sucesivas generaciones de muchachas acogidas a la caridad de la casa. Y como la ve tan vieja y tan consumida, no muestra rubor en hacer la pregunta:

—¿Cuántos años tienes, madre?

—Todos. Creo que todos —contesta, señalando con la barbilla la ventana a cuyo través puede verse un granado cargado de fruta roja, una nota llamativa de color vibrante entre el apagado gris de la leña seca apilada y los plastrones verde-oscuros de hierbas y espigas degeneradas desprovistas de grano.

—Nunca había reparado en él —contesta Graciana, y continuación aclara: —Ha crecido ahí. No sé cuándo ni quién lo ha plantado.

—Nadie ha plantado el árbol que anuncia la muerte —contesta la tía Giba, sin esperar que Graciana entienda el significado simbólico de esta fruta que brotó de la sangre de Dionisios y sólo puede ofrecerse a los muertos.

Mira al cielo y señala la imagen apagada de la luna llena.

—Ya es hora de que cambie el ciclo.

Y como hace este comentario con la firmeza y la seguridad que dan el conocimiento cierto de las cosas, Graciana, sin tapujos la inquiere:

—¿Vas a morirte sin dar a nadie tu ovillo?

—¿Acaso crees que soy una bruja y que puedo traspasar mis poderes?

—Creo que eres la sabia que mejor conoce el secreto de las plantas.

Bien se adivina que la tía Giba no simpatiza con Graciana. Quizás porque se escandaliza con su cuerpo lleno de morbidez, o porque

impregna todos los rincones de la casa con su olor rancio a perra en celo.

—¿Crees que puedo hacer el filtro afrodisíaco definitivo, la triaca que sana cualquier enfermedad o el elixir de la eterna juventud? Sí, eso crees —dice la anciana riendo. Después de una pausa continúa, ahora con acento severo y lleno de vigor.

—¿Y si así fuera, por qué te iba a transmitir tales secretos? ¿Cómo ibas a emplear mis conocimientos? ¿Seguirías puteando por las eras con todos los sarnosos que apagan su sed con tus filtros y tu sexo? No me mires así, mujer, ya ves que conozco tu vida. Tampoco se me ocultan tus conciliábulo con el juez don Vela y bien sé con qué propósito. La madre lo sabe todo.

—Madre —contesta Graciana—, te conviene estar a buenas conmigo, si quieres que alguien te asista en tus últimas horas.

—Yo soy como la luna —contesta desafiante, levantándose la ropa y mostrando su abdomen tatuado con el símbolo de la noche—. Soy la Luna Llena.

Graciana lleva mucho tiempo acogida al calor de la Casa de las Abejas y ha sabido vivir con los ojos abiertos, asimilando por ósmosis, que no por escuela, algunos conocimientos de la anciana, incluyendo su idioma críptico, por lo que entiende que la abuela esta afirmando su inmortalidad y que tras el interregno del cuarto, renacerá en la luna nueva, el símbolo de la doncella.

—¿Tía, debo entender que se va a cumplir tu profecía?

—Dile a don Vela que la tía Giba sabe que tú y tus amigos sois los adoradores del macho cabrío que ha mancillado los campos y emponzoñado las semillas, y ahora sólo se producen cosechas que enferman a hombres y bestias. ¿Qué me preguntas? ¿De qué quieres informar al juez? Vete y dile a tu amo que la madre ya ha dado su talismán al joven que lleva en sus manos escrito el destino del campeón que liberará a su hija del poder del viejo rey. Díselo, él sabe que debe cumplirse lo que está previsto, y que él mismo es una de las partes fundamentales en este compromiso.

Graciana nunca se ha detenido a pensar en qué hay de verdad en

todas estas cuestiones, pero en lo que coincide con la tía Giba es que don Vela paga todas ellas con buen oro de Castilla.

Cuando abre la puerta para marcharse entra en la cocina una tercera persona.

—¡Qué pasa en esta casa! ¡Qué son estos gritos! Haya paz entre vosotras.

Es una mujer no muy vieja, más cercana a los cuarenta que a los treinta, ojos pequeños y nariz que delata sus genes semitas. Viste túnica de lana parda y cubre canas con un pañuelo plegado a manera de turbante. Quién sabe los estragos físicos que producen los aires secos de la sierra y la cal de las aguas, arrancando sin piedad piezas a la boca y lajas a los huesos, pero cuando reposa en el suelo la pesada cesta que transporta y logra estirar su cuerpo, todavía puede adivinarse un aire juncal en sus espaldas y la ausencia de crianza en su pechera.

—Pasa, Urraca. Eres la que faltaba en esta reunión de brujas, pero al menos tu presencia me espanta a esta mostrenca.

—Que te aguante quien te compre, vieja loca —contesta Graciana, que con un sonoro portazo hace bueno el saludo de la tía Giba a la recién llegada.

—No confundas al tordo culigordo con la paloma, abuela, que ella es una bruja negra y yo sólo una herbolera, una alcoholera o una buhonera.

—Y hacedora de doncellas y reparadora de virgos —contesta con cierto acento de condescendencia la abuela.

—No oculto en esta casa mi oficio. Muchas lo han requerido antes de venir aquí.

—Al menos eres sincera. Bueno, ¿qué se te ofrece?

—Busco consejo, madre. Tu consejo y tu sabiduría.

Urraca es una vieja trotaconventos que sabe manejar a mujer remilgada, varón sediento y a vieja enamorada, por ello aguanta con profesionalidad exabruptos e impertinencias. Reanima el fuego, y arrima un pucherito, y mientras espera a que empiecen a burbujear las sopas, observa que la madre mueve mal el hombro, y se interesa por su daño.

La tía Giba como cualquier anciana, aprovecha que la escuchan para contar su retahíla. Se lamenta de su castigo, de la incomprensión que lo causó y del valor de ese estudiante de Santa María, ¿cómo se llama? Sí mujer, el hijo de ese pechero de Ágreda...

Y como las ciudades de la alta extremadura son pequeñas y cercanas, o porque Urraca conoce ya mucho mundo, o porque... el caso es que lo conoce.

—¿Alonso, el chico de don Jerónimo Caballero y María la morisca?

Y así es como Urraca se enteró de que aquel descarado que se atrevió a proclamar su amor por la hija del poderoso hidalgo Castejón, era un estudiante del monasterio. Y sonrío porque la suerte le ha permitido saber de la dama que otra vez ha vuelto a Soria. Con aire muy profesional se pregunta:

—¿Quedará algo del viejo juego de niños?

—Ya no es un chico —responde la madre, ajena a los proyectos que tiene en su mente esta especialista del reencuentro y del contacto entre amantes con problemas.

—Pero, dime Urraca, qué venías a buscar —pregunta ahora la vieja.

—Nada madre, sólo entré porque oía voces y vine a poner paz. Pero ya que estoy aquí voy a pedirte consejo. Conozco una dama que languidece por un amor no correspondido, pero como es principal, ni se atiene a mis consejos, ni es amiga de prácticas de maga.

—Aconseja a esa dama que para su próxima cita se lave la cabeza con un cocimiento de mirto y azafrán de jardín; después debe espolvorearse con granitos de anís molido, que acentúan la fragancia y estimulan la lujuria. Para comer, arroz con leche y azúcar, que aumenta el esperma, y por último, un vino oloroso con manzana del paraíso, pues promueve el coito entre los amantes. ¡Pero qué te estoy diciendo a ti, todo esto lo conoces de sobra!, anda, marcha y déjame sola —termina diciendo, sin ninguna acritud.

—Sí madre, también a ti te gusta repetírmelo —contesta con ternura Urraca.

—Marcha, mujer y llévate la mejor receta. Da a la pareja la oportunidad de reunirse a solas, los labios de ella harán el resto.

Cuando por fin se quedó sola, la tía Giba se acercó al hogar para preparar un filtrado a base de dedalera y flor de Apolo, o beleño, del que se toma una generosa ración. Después se acostó a la vera del fuego, teniendo entre sus manos un ramito del granado recién florido y sobre su cabeza una corona de laurel y mirto, la misma que se pone a los difuntos durante el duelo para evitar el olor. Se dejó llevar por el ensueño de la droga hacia el viaje de la muerte, aunque antes se cuidó mucho de guardar entre sus ropas una piedra dura, de color negro, un aerolito, un trozo desprendido de la luna.

—Para la que me ponga la mortaja.

Cuando la fotofobia y la salivación empiezan a molestarla, surge el silencio y la visión coloreada del Duero, que haciendo un guño a la colina del Mirón se contornea frente a Soria. Y ahí, frente a San Juan, en el monte de las Ánimas, refugio del cierzo, ronda de lobos y rumores de leyendas, su ser se desprende de su molesta envoltura y su alma quiere reposar al abrigo de un bosquecillo.

Entre los álamos blancos que flanquean el río, en la orquilla del más cercano a San Juan, se camufla la lechuza. Vigila la noche. Sus ojos penetran en la negrura y traducen en verde y gris las figuras, y puede ver a un sapo que abandona una charca cercana, en donde croan las ranas acuciadas de deseo.

Anda a saltos, dejando tras de sí un rastro de baba y algas que al mezclarse con el polvo forma pellas redondeadas de barro repugnante. Accede al patio de los Castejón por un descuido de la valla, busca acomodo y lo encuentra emboscándose bajo unos leños secos apilados debajo de la ventana de la cocina, un buen apostadero desde el que puede acechar lo que pasa dentro. Las nubes ocultan la luna, y el sapo hincha su carrillada lanzando contra el astro el seco sonido desafiante que nace en su garganta, tras lo cual, avanza dos saltos, abandonando parcialmente su escondite. Y la lechuza que otea vigilante, apresta los cuchillos de sus garras y salta al vacío, pero la potencia de sus alas está disminuida a resultas de una reciente herida en

su lomo, por ello vuela con más lentitud, dibujando en la negrura una estela blanca que alerta al escuerzo, dándole tiempo para arrugarse en el polvo y escupir contra el cielo su lapo emponzoñado. La lechuza se retira escociéndose la piel que se está llenado de eczema. Afortunadamente, al llegar a su rama puede ver al gran sapo, salto a salto, alejándose de la casa.